

Los Te Deum del Cardenal Raúl Silva Henríquez en el Régimen Militar

Raúl Silva Henríquez

Santiago, Copygraph, 1988, 157 páginas

MAURICIO CÁRDENAS PALMA*

Es poco probable que ese día 4 de julio de 1938 Raúl Silva Henríquez, una vez ordenado sacerdote por el cardenal Maurilio Fossatti (arzobispo de Turín), pensara en las dificultades que tendría que afrontar su servicio a la patria, en especial en aquellas horas en donde la institucionalidad política y el “alma de Chile” se veían amenazadas.

En conmemoración de los cincuenta años de su servicio sacerdotal, sale a la luz la obra *Los Te Deum del cardenal Raúl Silva Henríquez en el régimen militar*, cuya presentación se le agradece a Reinaldo Sapag Chain, presidente de la sociedad editorial Copygraph.

La compilación de documentos fue concretada por el periodista Ascanio Cavallo, quien seleccionó las homilias del período 1973-1982, interponiendo a cada año una explicación de las tensas relaciones existentes en el país. La obra se conforma, por lo tanto, de una constante presentación de escenas en donde se refleja el pensamiento de Silva Henríquez y la posición de la iglesia frente al problema de los derechos humanos.

La principal característica de la obra, la cual debió tener un significado distinto en el año de su presentación, es que los documentos que se presentan lo hacen en sus versiones no censuradas por el gobierno militar. La decisión de no presentarlos íntegramente en su época, según lo afirma Sapag Chain, se debe a la aceptación del cardenal en pro de la mantención de la paz social, lo cual refleja un elemento de consenso ante un estado político crítico.

Otra de las virtudes de la obra es que constituye un valioso documento histórico, no sólo para el análisis del período en cuestión si no también porque refleja íntegramente el pensamiento del cardenal. Recordemos que antes de 1973, las homilias del 18 de septiembre eran preparadas y leídas por distintos canónigos a quienes los arzobispos les encomendaban esa tarea.

* Magíster en Historia. Universidad Andrés Bello.

Una vez ocurridos los hechos del 11 de septiembre de 1973, un acuerdo entre la iglesia y la junta militar acordó que el Te Deum, tradicional acto ecuménico en honor a la patria durante fiestas patrias, no fuera celebrado en la catedral santiaguina sino, por razones de seguridad, en la iglesia de la Gratitude Nacional.

El ambiente tenso de aquellos días, en donde no se esperaba una política a corto plazo que no fuera la restitución inmediata de las condiciones mínimas de seguridad, condicionó la primera homilía del cardenal, el cual veía con pesar las consecuencias que produjeron el quiebre institucional. La trascendencia de esta "celebración" del 18 de septiembre de 1973, se refleja en sus palabras:

"Dadas las dolorosas circunstancias que se han vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos y venimos también y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile"

"Pedimos al padre de las misericordias perdone nuestras faltas y las de nuestros hermanos caídos por la patria. Confiamos en su infinita bondad y esperamos, por la sangre redentora de Cristo, que la luz eterna brille para nuestros soldados y nuestros civiles que han inmolado sus vidas en la noble, difícil y dolorosa tarea de corregir nuestros yerros y de lograr, impere soberana en nuestra tierra, trayéndonos el deseado fruto de la paz."

"Este momento religioso no se limita a implorar misericordia por todos nosotros. Quiere animarnos también a una nobilísima empresa: la de reconstruir nuestra patria." (p. 15).

Desde un principio el Cardenal propuso a las autoridades la necesidad de recobrar la institucionalidad. Sin embargo, ante las noticias de violaciones a los derechos humanos y las torturas, la situación cobró un dramatismo enorme para la Iglesia y para todos los chilenos.

Ante la represión iniciada con posterioridad al golpe, el Cardenal decide crear el Comité Pro Paz. Esta institución, formada en 1975, acogió y ayudó a todas aquellas personas que eran perseguidas por el régimen. Aparte de asistirles judicialmente, brindaba solución a sus problemas laborales. Sin embargo, ante la sospecha del gobierno de que esta nueva institución albergara a militantes de extrema izquierda, se decidió cerrarla y crear la Vicaría de la Solidaridad, la cual mantendría sus funciones con el objetivo fundamental de defender los derechos humanos.

La aparición, tanto del Comité Pro Paz como de la Vicaría de la Solidaridad, da base sólida a la política institucional de la iglesia chilena ante los vejámenes, atropellos y violaciones que en aquellos años se daban a conocer en Chile. El archivo de la Vicaría guarda en sus bóvedas 85000 documentos, entre los

cuales se incluyen expedientes judiciales, denuncias internacionales, relatos de torturas, recursos de amparo, desapariciones forzadas y otras denuncias.

La iglesia Chilena siguió su política frente al gobierno, siempre respetando lo dicho el 13 de septiembre de 1973, en donde el Cardenal exhortó a la restitución de la normalidad en el país, solicitando además la restitución de la paz y la unidad entre los chilenos. Siempre fue ésa su política, la cual se vio consecuentemente reflejada en los Te Deum de la década de los años setenta. En 1979 el cardenal nos señala, que pese a todas las dificultades e incomprendiones, la iglesia ha seguido este rumbo claro y preciso y que su mensaje ha llegado a todos los chilenos.

Uno de los Te Deum más extensos fue el efectuado en 1975. *Edificar el Amor*, como se titula, deja de manifiesto la preocupación de la iglesia ante las atrocidades cometidas en cuanto a la violación de derechos humanos, resaltando imperiosamente el llamado a la reedificación de la patria en base al amor, no entendido éste como un sentimiento de debilidad, utopía o ingenuidad, si no como aquello que lleva a los chilenos a respetar lo sagrado de la dignidad humana. En base al amor, Chile podrá desterrar el odio. El compromiso hacia el amor y justicia llevará inevitablemente hacia la reconstrucción de todo aquello destruido.

La titánica labor de frenar las odiosidades políticas recayó en las espaldas del Cardenal. En 1976, recordando la ocasión de los funerales de Edmundo Pérez Zujovic, Silva Henríquez da a conocer en ocasión del Te Deum: "el odio, envenena el alma de una sociedad. Tenemos que matar el odio, antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile. Hermanos: todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio. En nombre del señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile" (p. 62).

No podemos dejar de mencionar que a lo largo de la obra, se evidencia el apoyo que mantuvo la Santa Sede a los postulados y a la figura de Silva Henríquez y de la iglesia en Chile. En la homilía de 1979, el Cardenal menciona que "los obispos de Chile hemos tenido el gran consuelo de que nuestros ideales han sido reconocidos por el Santo Padre, el papa Juan Pablo II, y por todos los obispos de Latinoamérica reunidos en Puebla. Ellos han sentido como nosotros y se han expresado con más fuerza de lo que nosotros lo hemos hecho, y nos instan a seguir la labor de reconciliación y de paz, de justicia y de amor en toda nuestra tierra americana" (p. 97). La reunión de Obispos en Puebla ese año, marca quizás el mayor respaldo institucional que haya tenido la labor del Cardenal hasta el momento. Con un fuerte llamado a la convivencia fraterna entre los hermanos latinoamericanos, la

reunión formuló una serie de lineamientos ante los desequilibrios políticos y económicos de la región.

La obra nos demuestra la independencia del poder de la iglesia en el período 1973 -1982. Se refleja en cada una de las homilías la necesidad de no destruir aquello que por la tradición del país se ha construido, lo cual es la conjunción de los poderes eclesiástico y político. La necesidad que tenía la junta de gobierno en desplazar del poder al Cardenal era cada año más imperiosa. Sin embargo, la fuerza y la convicción sacerdotal de Silva Henríquez nos muestran el poderío de la institución, aún en los momentos políticos más álgidos.

Por último, es necesario mencionar que esta "política" llevada a cabo por la iglesia, no iba si no en beneficio de la paz social y el encuentro de una justicia y reconciliación entre los chilenos. El gran artífice de este camino fue Raúl Silva Henríquez. En esto hay que encontrar la respuesta a tan multitudinaria despedida a su persona en 1999.

Difícilmente podemos encontrar, en la historia de Chile, un hombre que con tal vigor conduzca todos sus esfuerzos personales y de su institución en beneficio de los desposeídos y perseguidos. La preocupación por el porvenir de Chile se refleja no sólo en la creación de centros o vicarías si no en la fuerza de su discurso en los *Te Deum*.

Nunca se encontrará un hombre que defienda tan fielmente sus convicciones ante viento y marea. El período 1973-1982 marca en Chile la esperanza en un cambio, marca la esperanza de una transformación no sólo política, si no de recobro de una serie de valores cívicos y morales en una sociedad herida.

La presentación del libro fue realizada un 12 de julio de 1988, en el Patrocinio San José. Poco tiempo después, el día 5 de octubre, la democracia triunfaría en las urnas. El anhelo de paz y libertad, por lo que siempre había luchado Silva Henríquez, se concretaba por fin, dando por terminado, además, un período de conflictos y ansiedades que dejaron su huella en el "alma de Chile".